

Pierre BOURDIEU i Loïc J.D. WACQUANT  
*Per a una sociologia reflexiva*  
 Barcelona: Herder, 1994, 262 p.  
 (Versión catalana de S. Cardús y J. Estruch)

Quienes procuran estar al día de los desarrollos actuales en teoría social se enfrentan, cada vez más frecuentemente, a una poco estimulante disyuntiva entre dos tipos de ofertas: o bien se arman de heroísmo intelectual y abordan uno de esos tratados innecesariamente abstrusos y densos cuya extensión da vértigo, o bien acaban perdiendo el tiempo y el dinero con algún ensayista diletante y afectado que hace pasar por teoría social «postmoderna» (o «post-lo-que-sea») una serie de juegos retóricos y de trivialidades de moda con las que decirlo todo sin decir en el fondo nada —y ello cuando no se tiene la mala fortuna de topar con ambas cosas en un mismo texto—. De entre las honrosas excepciones que siempre existen y son de agradecer, una de las más interesantes la constituye sin duda el libro que aquí se comenta. En efecto, entre los soporíferos y rígidos excesos de la sistemática académica, de un lado, y el papanatismo pseudo-teórico y a-sociológico, de otro, Pierre Bourdieu y su discípulo Loïc J.D. Wacquant optan por una «tercera vía»: la de una *entrevista o diálogo construido* a partir de las discusiones habidas durante un seminario sobre la obra de Bourdieu que tuvo lugar en la Universidad de Chicago en 1988.

Tal forma de exposición tiene una ventaja: permite relacionar y pasar revista, de manera rápida y dinámica, a un gran número de cuestiones candentes para la teoría social y las ciencias sociales en general, sin perder por ello la visión de conjunto. Pero tiene también un precio, del que Bourdieu advierte con insistencia: algunas de sus respuestas adolecen de cierto grado de esquematismo y de simplificación, faltas de los matices y sutile-

zas analíticas que una obra más sistemática permitiría desarrollar. En el presente caso, sin embargo, se trata sin duda de un buen precio que pagar por lo que se obtiene a cambio: una visión sintética muy rigurosa de la obra de Bourdieu, en un lenguaje bastante accesible para «no iniciados» a la misma, y en la que, además, el/la lector/a con bagaje previo descubrirá cómo Bourdieu se re-interpreta y re-elabora a sí mismo, añadiendo pinceladas, rellenando vacíos, deshaciendo malentendidos y atando cabos sueltos de su extensa producción sociológica; todo ello con un ojo siempre puesto en la *práctica*, en el aspecto *aplicativo* de lo que se dice.

Como «guinda» adicional, el volumen incluye también una lección de Bourdieu —*La práctica de la sociología reflexiva*— que a la vez pone al día y desarrolla los puntos de vista epistemológicos y metodológicos expuestos en *Le métier de sociologue* hace casi treinta años; entroncando con la tradición *artesanal* de un hoy demasiado olvidado C. Wright Mills, Bourdieu consigue condensar en unas cuarenta páginas una especie de *código deontológico del oficio*, que debiera ser de lectura —si no de aplicación— obligada para cualquier científico/a social o estudiante de sociología.

Son, por tanto, dos los campos por los que se mueve el diálogo: la teoría sociológica y la epistemología de las ciencias sociales. Por lo que hace a los aspectos teóricos, Bourdieu pone énfasis sobre todo en perfilar sus conceptos de campo y de *habitus* como instrumentos de superación de la dicotomía acción/estructura (u objetivismo/subjetivismo) que tanto tiempo ha atenazado a la teoría social. Los campos son «esferas de juego» con lógica propia, relativamente autónomas, que comprenden un conjunto de relaciones objetivas entre posiciones sociales; el *habitus* es una «subjetividad socializada», más razonable que racional, que comprende un conjunto de *disposiciones* «inscritas» en los individuos y producidas por el campo,

las cuales a su vez se traducen en *prácticas* reproductoras y/o transformadoras de ese mismo campo. Estos dos conceptos, combinados con otros como los de capital, violencia simbólica, estrategia, interés o *illusio*, etc., configuran una ecléctica propuesta de síntesis no muy alejada, como puede verse, de la de A. Giddens, y que se autopresenta como una «economía política unificada de las prácticas» (véase, a este respecto, la excelente introducción de Wacquant).

Paralelamente, la *epistemología* de Bourdieu es también una llamada a superar los dualismos estériles y los tribalismos profesionales y académicos dentro de las ciencias humanas, con la intención de crear una «ciencia social total». Pilares de ese intento son la unidad de teoría, método e investigación empírica, y la reflexividad, concepto que, para distanciarse de algún autoproclamado «sociólogo del conocimiento», Bourdieu no quiere utilizar como argumento *ad hominem* contra sus rivales —otra cosa es si lo consigue o no—, sino como instrumento de toma de conciencia y explicitación de los propios determinantes ocultos; ello exige la aplicación permanente de los conceptos de campo, *habitus*, interés, violencia simbólica, etc., al propio contexto social y académico del/de la científico/a social. Y hay que decir que el sociólogo francés predica con el ejemplo, pues lleva a cabo un autoanálisis sorprendentemente honesto (p. 17 s.) que uno quisiera ver en otras deslumbrantes «estrellas» del firmamento sociológico. El objetivo final: una «ciutat científica» (p. 156) ilustrada, una «ciència emancipadora» que consagre la crítica recíproca y que sea capaz de «posar fi als efectes de la dominació que distorsionen la competència científica» (p. 166); poco que envidiar, en fin, a la construcción habermasiana de una «comunidad ideal de habla», aunque, eso sí, restringida por lo visto al «campo científico».

Como todo empeño de similar envergadura, las loables propuestas teóricas y

epistemológicas de Bourdieu tienen algunos puntos difusos y tensiones internas que afloran a lo largo del diálogo, y a las que a veces se dan decepcionantes respuestas. Por ejemplo: *a)* ¿es suficiente decir que su teoría y el economicismo *sólo* comparten palabras (p. 95), cuando nadie mejor que Bourdieu sabe que no existen palabras *neutras*?; *b)* el tratamiento del estado moderno y de las relaciones entre los campos (p. 88 s.), ¿no está exigiendo a gritos una elaboración más coherente y profunda?; *c)* si el concepto de *habitus* no ha de entenderse de forma determinista, ¿no convendría enfatizar algo más el papel de las estrategias conscientes sobre las inconscientes?; de hecho, ¿no es una noción casi autocontradictoria como la de «estrategias inconscientes» el precio que ha de pagar Bourdieu para escapar al potencial determinista del *habitus* pero sin acercarse a otras concepciones de la acción social?; *d)* ¿cómo compatibilizar una epistemología que se opone —con razón— a todo tipo de absolutismo a-histórico y de consenso «ortodoxo», con una teoría para la que se reclama una «validez general» (p. 58) e incluso «universal» (p. 14)?

Junto a interrogantes como los anteriores, la lectura del libro, sin duda útil y provechosa, deja también un regusto algo molesto, debido a cierto talante —¿*habitus*?— arrogante que despliega Bourdieu en algunas respuestas, y que se concreta en tendencias a: 1) declarar como «vacíos», «escolásticos» o «intelectualistas» los problemas y debates que no le interesan o que no conectan con sus tradiciones/orientaciones teóricas; 2) despachar de un plumazo a otros autores y/o corrientes teóricas con un par de adjetivos o etiquetas sobre las que a veces habría mucho que discutir, y que denotan una lectura no demasiado atenta de la obra de algunos de sus «competidores»; 3) construirse «enemigos de paja» con un par de «-ismos» simplificadores, algunos de los cuales se podría estudiar si no han sido

ya bastante superados desde que Bourdieu los identificase en los años sesenta y setenta; 4) defenderse de algunas críticas con argumentos *ad hominem o tu quoque* (ver p. 146-147), a pesar de toda su insistencia en la poca honestidad intelectual de los mismos; 5) en fin, utilizar un vocabulario un tanto fiscalista (términos como «posición», «trayectoria», «campo», «propensión» y otros remiten a la física de partículas y a la teoría electromagnética), que denota cierta preocupación por las apariencias de científicidad, extraña en alguien tan crítico del cientifismo y de

que se consideren las ciencias naturales como modelo para los sociales.

Con todo, deberían haber pocas dudas, al finalizar el libro, de que el autor de *Homo academicus* es perfectamente consciente de todas estas tendencias latentes en el *estilo* de su discurso, y de que, coherente con la reflexividad que profesa, procura impedir que afecten a la relevancia y al rigor teórico de los contenidos del mismo.

José Antonio Noguera  
Universitat Autònoma de Barcelona